

“¿Libre?”

Desde que me fui de mi casa me siento libre, pero, aun teniendo treinta años y habiéndome escapado hace ya más de trece, desde que marché me siento como una niña sola sin rumbo. Me decidí a tomar una nueva vida por el deseo de mis padres de seleccionar cada movimiento de mi vida, y, pese a pensar que era lo mejor para mí, en ningún momento me preguntaron qué era lo que yo quería. Por eso lo que hizo que me fuera fue su negativa a entender. Me sentía un hombre dentro de un cuerpo y un rol que no me correspondía. Y así los primeros años que estuve solo me sentía como un ave que logra escapar de la jaula por primera vez y alcanza a desplegar sus alas y a emprender el vuelo, sintiendo por toda la espalda un cálido escalofrío de satisfacción y miedo al saber que ahora la vida es solo suya y nadie le podrá negar nunca más la posibilidad de volar.

Pero, claro, como todo en este mundo, solo hay una cosa innegable, todo acaba y con el tiempo ese sentimiento de tener las riendas de mi vida cogidas y sin intención de soltarlas se transformó en duda y arrepentimiento. Yo ya no tenía las riendas de mi vida. La vida tenía mis riendas y, como mis padres, me manejaba como a una marioneta. El ave que estuvo toda su vida en una jaula, al emprender el vuelo, solo conoció el suelo y revoloteaba en el suelo para ser uno con el cielo. Y es por eso que, pese a no hablar con mis padres, me hubiera gustado que viniesen a mi operación, pero no fue así y, por eso, tendido en la camilla y nublándoseme la mente con la anestesia, solo podía pensar en que me equivoqué. La vida me ahorcó con las riendas: el pájaro nunca alzó el vuelo.

Marcos Werth

Clase 10A

318 palabras